

“Un pequeño con una historia gigante”

Quien iba a pensar que una persona de tan solo diez años, iba a experimentar lo más terrible que puede haber en las calles de esta ciudad; a nadie se le pasa esto por la cabeza y menos a un padre o a una madre, incluso a su familia, que de una manera u otra lo que quieren es desearle lo mejor a las personas que pertenecen a ella, como le ocurrió a este joven.

Tan solo diez años le bastaron para meterse en la delincuencia, en las calles de esta ciudad que tiene gente muy buena pero que también tiene entre su población a muchos bandidos; esa parte de la población a quien le sale la frase “El hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe” Porque es esa misma sociedad la que provoca que tanta gente se salga de su rumbo.

En el caso de nuestro personaje, fueron las amistades, esas que lo contagian a uno como una peste mortal, esas que logran sacar lo peor que cada persona tiene por dentro: “su lado malo” ¡y eso sucedió! Diez años solamente y ya estaba involucrado en sus primeros hechos delictivos. Todo comenzó en el sector de “Zamora (Medellín)”: se levantó una mañana, Salió a la calle como de costumbre, saludó a su compañero y se dirigieron hacia la cancha a jugar un cotejo de fútbol; cuenta él que veía el visaje de unos tipos que salían y entraban en el callejón cercano, acción que se repetía varias veces: salían, entraban, salían a veces más apurados, a veces más lentos....

Lo que más le llamó la atención, era que los policías llegaban, los saludaban amistosamente, pasaban de largo y nadie les decía nada. Esto lo llenó de curiosidad, pero también de una gran admiración por esos hombres, por lo que fue presa de una gran obsesión: tenía que pertenecer a ese grupo, se quedó pensando. De ahí en adelante, sus acciones estuvieron dirigidas a llamar la atención de estos hombres, a hacerles saber que él quería entrar a su grupo. Fue tanta la insistencia que pronto notaron su interés y quisieron probarlo; su primera prueba fue hacer de “jíbaro”, así que sus días transcurrían en un lleve y traiga, dando inicio así al rebusque, ese rebusque de esquina, ese rebusque que lo obligaba a estar por encima de los demás, aunque para eso tuviera que pasar por encima de cualquiera: “para que voy a decir que no me iba bien jeso sí sería mentira! llegaba cargado, no consumía nada, pero siempre la mantenía ahí por si algún paciente la necesitaba”.

Y así pasaron muchos días, la madre, cada vez se preocupaba más porque rara vez lo veía en la casa, pero además, había notado que su hijo había abandonado a sus amistades de siempre, en casa no se comunicaba con su familia y las pocas veces que lo veían, llegaba tarde todos los días y los fines de semana, a veces, no llegaba. Afortunadamente, en el colegio le iba bien, pero sus maestros, preocupados, habían citado a su madre porque su hijo registraba varias faltas de asistencia. Él se limitaba a callar y dar media vuelta hacia su cuarto, donde se encerraba y no permitía la entrada a nadie, su habitación se había convertido para el resto de la familia en un santuario al que nadie tenía acceso, mucho menos a sus cosas, que guardaba con un recelo excesivo. Tanto misterio preocupaba enormemente a su madre, quien se veía impotente para hacer algo.

Pasó el tiempo, y ya no solo era “el jíbaro” del barrio, o el que hacía los mandados a sus “amigos”, empezó a robarle a la gente del barrio, y aunque nadie tenía pruebas, todos lo sospechaban. Había empezado a ocasionar serios problemas a los de su comunidad. Fueron tantos, que la mamá no vio otra salida que enviarlo para donde una hermana de ella, que por ese entonces vivía en el Municipio de Bello, barrio la cumbre. Ingenuamente pensaba que así lograría no solo calmar la situación y acallar los comentarios sobre su hijo, que ya para ese tiempo tenía doce años y medio, sino que lograría alejarlo de esas “malditas amistades que se lo habían dañado” Por un tiempo, realmente fue así, el joven mientras vivía con su tía y sus primos dedicaba la mayor parte de sus días a jugar fútbol y a montar en bicicleta por las calles del barrio, ya que había suspendido sus estudios.

Sin embargo, muy pronto se aburrió de esta rutina y decidió regresar a su casa, hecho que lo volvió a meter en serios problemas rápidamente, pues reanudó su amistad con el grupo y recuperó su “antiguo trabajo” Esto le ocasionó graves enfrentamientos con otros jóvenes, que en su gran mayoría, lo sobrepasaban en edad y estatura, por lo que las peleas eran el pan de cada día “a mí no me importaba, no me fijo en el tipo de persona que sean, si quieren problemas, conmigo, los encuentran”.

Sus actitudes y acciones eran cada vez más osadas y violentas. Dio inicio a un gran peregrinaje por toda la ciudad, donde empezó a coger fama, tristemente, por su arrojo y decisión a la hora de conseguir todo lo que se proponía.

Sus padres siempre tratando de sacarlo de “esa vida”, se trasladaron a vivir a Guayabal, barrio la Colinita, pero su historia no terminó allí. Nuevos sucesos vinieron a atormentar más su vida: el vicio, ese al que ya se le había acercado cuando lo distribuía en las esquinas a esos niños iguales que él... esos que salían de la escuela con la plata que les habían dado para su algo, y se la entregaban a él a cambio de una dosis.

Quizá esta última condición de “drogo” fue lo que lo hizo consciente de que había tocado fondo, por lo que aceptó aquello que sus padres le propusieron: internarse en un centro de rehabilitación para desintoxicarse, después de haber rodado por varios barrios, donde rehuían su presencia no por lástima sino por miedo.

Hoy en día, ya tiene diecinueve años y puede razonar mucho mejor que como lo hacía en su época de “descarrile”, como dice su mamá. Cada vez, se le ve más alejado de “su gente” y más centrado en forjarse un futuro, acción que tiene felices, pero sobre todo orgullosos a sus padres, quienes recorrieron medio Medellín para proteger a su hijo.

Hoy en día, está retirado de ese mundo de la delincuencia, su orgullosa madre afirma que valió la pena tantas oraciones y promesas a Dios para que su hijo dejara esos pasos y pudiera estar con ellos, con su familia y lograra ser alguien en la vida: “ fueron momentos de la vida y circunstancias adversas que ahora no quiere recordar pero que la llevan a afirmar que no se arrepiente de nada de lo que sacrificó para salvar a su hijo, mientras éste dice que no se siente mal por las cosas por

las que tuvo que pasar, pues “... de los errores se aprende y hoy mi vida es mejor, tengo a mi familia que me apoya y unas razones muy convincentes para seguir adelante” expresa este joven.

Juan Diego Quiceno